VIII

Epoca de los sucesos de la Atlántida.—Cómo deben computarse los 9,000 años de Platón.—Acontecimientos concordantes.

Según contaron los sacerdotes de Sais, nueve mil años habían ya transcurrido desde la guerra entre los pueblos situados al Este y al Oeste de las Columnas de Hércules, esto es, entre los que se asentaban á orillas del Mediterráneo y los que vivían en las islas del Océano Atlántico.

Algunos autores han tomado la cifra citada tal como suena, y han pretendido por ende calificar el Relato como fabuloso. Por una parte, no advierten que la expresión de esa cifra en números redondos induce á suponer, como es costumbre hacerlo, que se trata de una cantidad algo indeterminada, con la calidad subentendida de *poco más ó menos*. Por otra, no recuerdan quizá, que los egipcios contaban sus años primeramente por meses, y después sucesivamente por períodos más largos de dos, tres, cuatro y seis, entendiéndose por meses las revoluciones lunares; cronología que multiplicaba extraordinariamente el número de los años. Plutarco, en Numa, nos refiere que dicho pueblo tuvo en un principio años de un mes, y en seguida de cuatro. Macrobio en sus Saturnales, citado por él, refiere que el año de los arcadios era de cuatro meses, el de los acarnanios de seis y el de los egipcios tal como he dicho anteriormente. Diódoro de Sicilia (lib. 1º, pár. 26) expresa también que los años de los antiguos egipcios fueron lo que hoy los meses, en seguida de tres, y luego de cuatro como los de los pueblos de Arcadia, ó de seis como en Acarnania, y añade que los sacer-

dotes contaban 23,000 años desde el reinado de Helios hasta la invasión de Alejandro en Asia, que los dioses más antiguos habían reinado cada uno 1,200 años y sus descendientes no menos de 300; lo que él explica contando para los primeros los años por revoluciones lunares, y para los segundos por períodos de cuatro meses ó por cada una de las tres estaciones de primavera, estío é invierno.

Los hebreos, vecinos de los egipcios y también residentes en el propio Egipto durante mucho tiempo por causa de servidumbre; debieron usar de la propia cronología que sus vecinos y dominadores, y á esta circunstancia deben atribuirse las edades exageradamente avanzadas y después progresivamente disminuidas que se imputan á los patriarcas de los primeros tiempos bíblicos.

Siendo esto así, es evidente que los 9,000 años antes referidos no deben computarse como los nuestros solares, y que para adquirir alguna idea del transcurso de ese tiempo, es preciso hacer la reducción correspondiente. Yo no tengo ningun dato para determinar cuánto tiempo duró cada uno de los expresados métodos de computar el año egipcio, por cuya causa la reducción que voy á indicar, no puede ser sino aproximada. Sólo puedo conjeturar con algún fundamento, que esos métodos no deben haber continuado observándose mucho más acá del año de 747 antes del nacimiento de Jesucristo, puesto que en esta fecha comenzó ya la Era de Nabonasar, llamada también Año Caldaico y Año Egipcio, constante de doce meses, de treinta días cada uno, con cinco adicionales al fin. Solón, nacido en 639 y muerto en 559, viajó por Egipto en tiempo de Amasis, que comenzó á reinar en 569. Era preciso, según esto, que el sabio ateniense hubiera escuchado la relación de los sacerdotes de Sais, á más tardar en el año citado de 559. Ahora bien, si la distancia de 559 á 747, que es de 188, período de años egipcios que ya fueron de doce meses, la deducimos de 9,000, tendremos por residuo 8,812, que es de años de menor duración, cuyo valor en años solares debemos ahora calcular.

Como he dicho, no hay base firme de donde partir para hacer una reducción exacta; pero habiendo sido 5 los períodos de años, de diferente duración cada uno de éstos, pues eran respectivamente de 1, 2, 3, 4 y 6 meses lunares, y suponiendo que esos 5 períodos hayan sido, unos con otros, iguales en tiempo, aunque no en la manera de computarlo, resultará de lo dicho, que si es z el número de años de á mes, el número de los de á dos será $\frac{z}{2}$, el de los de á tres $\frac{z}{3}$, el de los de á cuatro $\frac{z}{4}$, el de los de á seis $\frac{z}{6}$, y la suma de todos igual á 9,000, quedando planteada la ecuación de esta manera:

$$z + \frac{z}{2} + \frac{z}{3} + \frac{z}{4} + \frac{z}{6} = 9{,}000$$

Sumando los términos del primer miembro, tendremos

$$\frac{9\,z}{4} = 9{,}000$$

y despejando,

$$z = 4{,}000.$$

Se ve, pues, que el período de años de á mes es igual á 4,000, los que divididos por 12.031, que es la relación en que se halla el año de doce lunaciones con el solar, dan 332 años solares de los nuestros. Y como dijimos que los 5 períodos debían ser unos con otros iguales en tiempo, multiplicando 332 por 5 y añadiendo al producto la cantidad de 747 de la Era de Nabonasar, la suma expresará 2,407, total de años antes de Jesucristo en que probablemente tuvieron lugar los sucesos de la Atlántida expresados en el Relato.

Si los 9,000 años se estimaban en períodos lunares ó estacionales entre los egipcios, y por esto parecían un espacio de tiempo exagerado comparándolos con los períodos solares, no sucede lo mismo con los que acabo de sacar del cálculo, los cuales no pugnan, sino que se avienen perfectamente, con la cronología de otros sucesos históricos relacionados con el que nos ocupa. Así, por ejemplo, hacia el año de 2,500 había ya penetrado á Grecia la raza pelásgica, procedente del Asia, que se dice haber sido la que después sostuvo el choque de la invasión atlántica; y si este choque era posible en el año citado de 2407, no lo hubiera sido, si *desde antes* hubiera perecido el invasor en el inmenso desastre de su patria. Tiro, según Herodoto, había sido fundada en 2,750, Sidon ya le había precedido en edad y en esplendor; y sería también un anacronismo imperdonable suponer que las naves de esas dos famosas ciudades fenicias pudieron arribar á las costas atlánticas, y sus tripulantes dar fe de la civilización adelantada de sus moradores, de su clima feliz, de su gobierno admirable, cuando esas costas habían sido ya barridas por la inundación. El diluvio bíblico acaeció en 2,379 antes de Jesucristo, casi al mismo tiempo que el atlántico, esto es, con sólo 28 años de diferencia, la cual puede despreciarse en virtud de la vagedad con que este último ha sido calculado. ¿Serán uno mismo ambos diluvios? ¿Constituirán el tercero, en orden inverso, sufrido por Atenas, según refieren los sacerdotes egipcios? No me atrevo á resolverlo, pero la aproximación de las citadas fechas es sorprendente.

Al mismo tiempo es evidente que los cartagineses, cuya ciudad fué fundada en 882, no pudieron haber visitado, como algunos aseguran, la isla ya sumergida. Si alguna noticia tuvieron de ella, pudieron recibirla solamente de sus progenitores los fenicios. Así es que me parece una vulgaridad la aseveración que suele leerse en algunos autores, que el Senado cartaginés prohibió á sus marinos, bajo pena de muerte, ir á esas regiones, reservándolas para asiento de su república en caso de un desastre irreparable. Cuando ese desastre vino, siendo arruinada la ciudad en 146 por las armas romanas, nadie se acordó del asilo premeditado.

Festo Avieno dice, refiriéndose á la relación que Himilcon había hecho de los mares occidentales: que más allá de las columnas de Hércules, al Oeste de Europa, empieza un dilatado mar, ó sea el océano, que se extiende hacia ilimitados horizontes: que nadie ha podido surcar esas ignotas aguas, nadie ha

dirigido allí sus buques, cuya popa no besaría nunca un viento propicio y cuyas velas no se verían jamás por él hinchadas. Pues bien, si la isla hubiera sido ya conocida de los cartagineses, el Senado no hubiera ordenado hacer la exploración de esos mares, ni esa exploración, confiada á Himilcon, hubiera tenido el resultado que dió, y fué encontrar el vacío precisamente donde la isla debió haber sido hallada.

Decían también los sacerdotos de Sais, que su ciudad había sido fundada hacía 8,000 años, y Atenas 1,000 antes que ella, lo que daba á ésta una edad de 9,000, la misma que se fijaba á la ruina de la Atlántida. Es decir, este país moría al propio tiempo que aquella ciudad se edificaba. Esto, al parecer, envuelve una contradicción, porque se ha dicho que Atenas había derrotado á los invasores atlánticos, lo que no podía ser si ella aún no existía antes de la destrucción de los atlantes. Pero todo se explica, recordando que ambas, la Atlántida y Atenas, según el Relato, desaparecieron en una misma época por efecto de una catástrofe semejante, y teniendo presente que la reconstrucción de la segunda debió ser considerada propiamente como una nueva fundación á raíz del funesto acontecimiento, como debió haber sucedido tras de cada uno de los diluvios que después la arrasaron.

IX

Ejemplos de cataclismos semejantes al de la Atlántida.

No me esforzaré mucho en demostrar que fué una realidad, y no una fábula exagerada, el tan terrible suceso que ahogó la infortunada isla en los abismos de un mar devorador. Sólo añadiré, que desastres semejantes, hasta donde alcanzan las luces de la historia, consta que se han verificado en todas las partes del globo y en todas las épocas, comprobando la perfecta posibilidad del que nos ocupa.

El Sr. Orozco y Berra, en su obra antes citada, parte 2ª, libro 1º, cap. 1º, dice á este propósito:

"Enseña la geología, que la forma de las tierras no fué la misma en las distintas épocas paleontológicas; cambiaron, cambian y cambiarán continuamente, aunque no advirtamos las diferencias sino por tiempos seculares. Grandes cataclismos plutónicos ó neptunianos han dislocado la delgada costra del globo, dejándole aspectos diferentes. Las observaciones de los sabios han podido tener lugar en los terrenos emergidos: ¿sabemos algo de los sumergidos, de las revelaciones que el fondo de los mares nos haría, si pudiera ser consultado?"

"Estas deducciones viene á confirmarlas la ciencia, elevándolas casi á la categoría de demostraciones. Hemos visto antes, que Milne-Edwards, con motivo de los elefantes, indica la unión entre el Asia y la América. El distinguido geólogo Alarcón defiende la continuidad antigua entre la América del Sur y la Australia. Lyell demuestra la existencia de la Atlántida

terciaria. Conocemos sobradamente la cuestión de la Mereópide de Teopompo ó sea la Atlántida de Platón. Refiere este sabio, en el diálogo titulado Timeo, haber sido informado por su tío Solón, que viajando por Egipto, recibió entre las instrucciones de los sacerdotes de Sais, haberle contado uno de los ancianos, que en siglos remotos existió un gran continente en el Atlántico, cuyos habitantes habían hecho conquistas en Europa. Era tierra afortunada, mas á consecuencia de grandes cataclismos desapareció tragada por el mar en un día y una noche."

"La geología viene demostrando ahora la existencia de un gran continente en el Atlántico, puente de comunicación entre la Europa y la América."

Plinio, en su Historia Natural, lib. 2º, caps. 92, 93 y 94, refiere las sumersiones de varios países, montes y ciudades de Europa debajo del mar, con pérdida de muchos miles de vidas. Según Plutarco, Jutland, provincia de Dinamarca, fué por más de un siglo, antes de la Era Cristiana, el teatro de una serie de inundaciones del mar, que forzaron á más de trescientos mil hombres en estado de llevar las armas y á una multitud de mujeres y de niños, tanto cimbrios como de otros pueblos, á dejar su patria y á arrojarse sobre Italia y España. Se da á estas inundaciones sucesivas el nombre de diluvio címbrico. Estrabon (l. 1, c. 3, pár. 9) trae también varios ejemplos de cambios notables en la superficie de la tierra, originados por violentos trastornos de la naturaleza.

"Del otro lado del mar, escribe M. de Nadaillac en su obra "La América Prehistórica," más allá del Atlántico, encontramos una tradición constante de cataclismos, diluvios, erupciones volcánicas, acarreando la destrucción de regiones inmensas, de continentes enteros. Estas tradiciones pueden ser exageradas, pero es imposible que reposen no más sobre hechos imaginarios."

Sería fatigoso citar más autores para comprobar multitud de violentas alteraciones de la naturaleza que constan por la Historia. Pero aparte de eso, ¡cuántos cataclismos se han verificado en las edades más remotas de la tierra, que le dieron la forma primero encontrada y después mil veces cambiada sin que el hombre actual tenga noticia de tan variadas transformaciones más que por el estudio de la geología! ¡y cuántos otros más ó menos desastrosos habrá habido y han quedado ignorados, precisamente por el efecto destructor de los mismos cataclismos, por el aislamiento de los países en que han hecho sus estragos, ó por el olvido secular de los informes de las pocas gentes que de ellos hayan tenido conocimiento! Tal iba á suceder con la historia de la Atlántida, si no hubiera sido recogida por la infatigable diligencia de los fenicios, escudriñadores de los más apartados mares en la antigüedad, y guardada por sus vecinos los egipcios, archiveros del género humano, quienes la transmitieron á la culta Grecia, de donde se ha esparcido por los horizontes de la ciencia moderna.

X

Tule, la última tierra.—Errores acerca de este punto.
No existió en Europa.

Ahora voy á encargarme de una cuestión histórico-geográfica, que mucho ha dividida las opiniones de los sabios y que todavía es fuertemente debatida, sin haber sido resuelta por fallo definitivo. Hablo de la situación de Tule, país que, á mi entender, mucho se relaciona con la Atlántida, la cual con él comparte su celebridad y misterioso destino. Todos se preguntan, ¿dónde estuvo esa tierra encantada, que tanto ha ocupado la imaginación de los poetas y de los geógrafos? Hasta ahora sólo se sabe que era considerada como el extremo límite del mundo conocido, y á esa circunstancia ha debido el principal motivo de su reputación. Virgilio en su 1ª Geórgica, vers. 30, hablando de César, dice:

..... ac tua nautae
numina sola colant, tibi serviat *ultima Thule.*

"y los navegantes acaten sólo tu numen y te reverencie la última Tule." El gran trágico latino, Séneca, en su "Medea," acto 2º, vers. 374 á 379, exclama:

Venient annis sæcula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat Tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris *ultima Thule.*

"Tras dilatados años vendrán siglos en que el Océano deje caer el velo que impide penetrar sus misterios, aparezca la Tierra en su extensión ingente, Tetis descubra nuevos mundos y no sea ya Tule la última de las tierras." Tácito, en la Vida de Agrícola, dice también: ....*dispecta est et Thule quadamtenus*, "también se ha explorado algo á Tule," frase que indica que esa región se hallaba casi desconocida y al extremo del mapa-mundi de esos tiempos.

Muchos otros autores hacen mención de ella en el mismo sentido; pero casi todos, con más ó menos pobreza de razones, se empeñan en colocarla rumbo al Norte de Europa, desorientados completamente por la desaparición de la Atlántida, con la cual no han contado para poder dar otro giro más verosímil á sus conjeturas. Vossius la ha puesto en las islas Hebridas ó en las Orcadas, inmediatas al extremo septentrional de la Gran Bretaña. Cellarius, en Féroe, más al Norte, distante como tres grados en línea recta. Pomponio Mela dice estar situada enfrente de la ribera de Bergen, Noruega. Ujfalvi, en la misma Noruega, á los 64 ó 65 grados de latitud. Algunos, en Jutland, de Dinamarca. Otros, en las islas Shetland, de Escocia. Por fin, la mayor parte de los escritores que se han ocupado de aclarar este punto, la sitúan en Islandia, isla también danesa, próxima á la Groenlandia, y cuyas dos puntas más septentrionales apenas tocan al círculo polar ártico.

El mismo gran número de lugares, que sin una razón convincente se pretende bautizar con aquel histórico nombre, desautoriza en mucha parte las referidas aseveraciones que mutuamente se excluyen. Pero lo más raro del caso es, que todas ellas parten de las noticias que dió, ó se supone que ha dado, el insigne geógrafo marsellés Pytheas, que viajó por el Norte de Europa en el siglo IV antes de la Era Cristiana y cuyas obras se han perdido, habiendo sólo quedado algunos fragmentos, citados en los escritos de otros autores. Lo que él ha dicho, sin embargo, no creo que conduzca á sostener las opiniones referidas, y de esto voy á tratar en seguida.

Para sentar las bases de la cuestión, voy á transcribir algunos párrafos de la obra "Historia de la Geografía" por Vivien de Saint Martin, quien en el primer período, cap. 12, dice así:

"Pytheas no se limitó á este reconocimiento de los lugares productores del estaño; persiguiendo tal vez el segundo objeto de su viaje, el descubrimiento de las playas en que se producía el ámbar, remontó las costas de la Bretaña hacia el Norte. Así llegó á la punta septentrional que da frente á las Orcadas. ¿Pasó Pytheas de esta punta extrema? Muchos escritores modernos lo han dicho ó repetido; pero no se ve en texto alguno. Y no solamente los antiguos compiladores que nos transmiten la relación perdida del explorador marsellés, pero aun Gemino, Estrabón y particularmente Plinio, no dicen que él haya pasado de la punta de la Bretaña, sino que lo contrario es lo que resulta de sus extractos. Gemino, autor del primer siglo antes de nuestra era, en su Introducción á la Astronomía, refiere las propias palabras del viajero: *Los bárbaros* (los bretones) *nos mostraban los puntos en que el sol se ponía. Porque en esos lugares sucedía que las noches eran muy cortas, en unos de dos y en otros de tres horas; de modo que el sol, apenas puesto, reaparecía casi en seguida.*"

"Después Gemino prosigue su demostración para enseñar que á medida que se avanza al Norte, el círculo que describe el sol en el día del trópico de estío se eleva más y más y acaba por encontrarse totalmente sobre el horizonte, produciendo un día solsticial de veinticuatro horas. Pero *en todo este pasaje no se pronuncia el nombre de Tule*, lo que el escritor seguramente no hubiera dejado de hacer, si Pytheas hubiera averiguado, por una observación directa, ser allí el día de la duración expresada. Estrabón es quien refiere que, según Pytheas, *la última región al Norte de la Bretaña era Tule y que en este país el trópico de estío se confundía con el círculo ártico.* Y el mismo añade: *Pero Pytheas no da respecto de esto ningún otro detalle. No dice si Tule es una isla, ni si en este clima, en que el trópico de estío sirve de círculo ártico, el país sigue siendo habitable.*"

De paso advertiré, que no debe atribuirse á contradicción de parte del explorador marsellés, el que hable de puntos en que el sol se ponía, y al mismo tiempo de noches muy cortas, que sólo se observan en las latitudes muy septentrionales, porque sabido es que en éstas la amplitud del ángulo en que el sol se pone, es muy grande, y el Oeste aparente en el estío se aproxima cada vez más al Norte, hasta llegar á confundirse con él en ciertos puntos de latitud y declinación.

Veamos ahora cuál de los lugares arriba mencionados pudo haber sido el señalado por el explorador con el nombre de Tule. Desde luego parece que no lo fué Noruega en los grados 64 ó 65, ni Bergen, ni Jutland, situados en la tierra firme del continente europeo, porque estos sitios se hallan en rumbos diferentes y aun opuestos al designado por el referido viajero, que, según Plinio y Estrabón, fué el del Norte de Bretaña, aunque acabamos de ver que Saint Martin piensa que no lo fué ninguno. Además, en los dos últimos lugares de los tres expresados, no concurre la circunstancia de ser sus noches mínimas de dos ó tres horas, sino poco más ó menos de cinco y media en el primero y de seis y tercia en el segundo, según deduzco de su latitud y de la declinación del sol en el día del solsticio.

Tocante á Jutland, dice Malte Brun en su Geografía Universal, cap. 5º, que Pytheas, continuando su viaje al Nordeste de la Bretaña (ya se ha visto que Plinio y Estrabón decían al Norte), encontró á seis días de navegación una parte de la costa de dicha provincia, en Dinamarca, nombrada hoy Thy ó Thyland y en el antiguo escandinavo Thiuland, que cambió en Thule ó Thyle. Pero, en primer lugar, el cambio del nombre no aparece en manera alguna justificado. En segundo lugar, si se daba á Thy el nombre de Tule, por ser la última tierra, no ha sido racional la denominación, porque á seguida de Jutland hacia el Norte se hallaban á la vista otras tierras. En tercer lugar, hallándose un viajero en el extremo de la Bretaña, no sería posible llevase para Jutland el rumbo que se dice del Nordeste, pues dicho país se

halla al Sureste. En cuarto lugar, más al Norte y más remotos que Jutland se hallan todos los países arriba indicados, inclusa la punta extrema de la Bretaña de donde se dice que Pytheas había partido, y debía mejor cualquiera de ellos ser tenido como la última tierra conocida. A la verdad, yo no puedo combinar el aserto del geógrafo citado con las consecuencias contradictorias que de él se desprenden.

Mas prosigamos con el análisis de las demás opiniones. Las islas Shetland, están en el cuadrante del Nordeste, y teniendo la misma latitud de Bergen, tienen sus noches de la propia duración, esto es, de cinco horas y media. Las Orcadas se hallan esparcidas entre el Norte y el Nordeste del punto de observación y muy próximas á la costa, cuyas noches deben ser á lo menos de seis horas. Las Hebridas se ocultan al Poniente de la tierra escocesa y tienen sus noches más largas que las Orcadas y aun más que el extremo boreal de la isla británica en que se situó el observador.

El mayor número de autores, como he dicho, han creido hallar en Islandia el país desaparecido, quizá porque allí se podrán ver noches de la duración expresada por Pytheas, y aun nulas, siendo los días de más de veinticuatro horas en los sitios de la misma isla cortados por el círculo polar ártico durante la proximidad del sol al solsticio de estío. Pero por otras circunstancias, esta tierra es quizá la menos comprendida dentro de las indicaciones del célebre viajero. Se halla á siete grados directamente del extremo de Bretaña, lo que equivale á 420 millas ó 140 leguas marinas, lejanía inmensa para que unos salvajes como los bretones de aquel tiempo, según los llama Estrabón, diesen informes precisos acerca del rumbo y duración de las noches de una región tan remota, á la que probablemente jamás se habían acercado. Y supuesta esa gran distancia, tampoco era posible divisar de lejos, no sólo la isla, pero ni aun el volcán Hecla que en la parte más meridional de la misma se eleva una milla sobre el nivel del mar, pues la depresión de éste es allí algunas leguas debajo

del horizonte de Bretaña, por efecto de la redondez de la tierra. Por otra parte, Islandia no fué descubierta hasta muchos siglos después del nacimiento de Jesucristo, y sería difícil que desde cuatro antes de éste tuviese ya el nombre propio de Tule que se le atribuye.

No quedan más que las islas Féroe, con latitud de 62° 22′, á la distancia de sesenta leguas casi al Norte y con noches de tres horas tres cuartos, que puedan tenerse como la Tule imaginada por Pytheas. Sin embargo, lo cierto es que este viajero jamás llegó á ella ni visitó las otras ya mencionadas, limitándose á recoger las noticias que le dieron los naturales de Bretaña acerca de una tierra situada por ese rumbo y dando fe de haber visto un horizonte que no era mar, ni tierra, ni aire, sino un conjunto de elementos indefinible, en el que no se podía estar de pie ni navegar. Esta ilusión, de buena fe sin duda, no se ha visto realizada en ningún lugar del globo, y sólo era sostenible divisando de lejos esos extraños elementos, pues en acercándose, toda la visión fantástica hubiera luego venido por tierra. Ya sabemos lo que dijo el mismo Pytheas, "los bárbaros nos mostraban los puntos en que se ponía el sol;" lo que demuestra que á esto se redujo su inspección. Estrabón extraña que el referido explorador no haya dicho si Tule era una isla, ni si el país era habitable, no obstante las condiciones climatéricas que le suponía. Se comprende que no pudo dar estos detalles ni los demás que suelen los viajeros que escriben para informar á sus lectores, porque no estuvo en el lugar que simplemente anunciaba.

Por lo dicho hay sobrado fundamento para creer que en la antigua Europa no hubo un país determinado que fuese conocido con el nombre predicho, ni lo hay en la actualidad que lo conserve, entre aquellos á que ha querido aplicarse. Aun se dice que Pytheas no lo estampó en el pasaje que se transcribe de sus obras. Pero Estrabón, que las leyó y á ellas se refiere, lo menciona como situado por el explorador al Norte de Bretaña, y sólo se admira de que ningún otro viajero, de los que habían

visitado esta isla, hubiese dicho una palabra de Tule, no obstante que mencionaban otras agrupadas á su derredor. Así es que él concluyó por opinar, que el límite de la tierra habitada estaba un poco al Occidente, esto es, en Irlanda, cuyos habitantes, dice, eran completamente salvajes, y más allá de la cual no señalaban ninguna otra los exploradores de ese tiempo.

XI

La Ultima Tule en la Atlántida.—Tradiciones.—Etimología.—Poblaciones con ese nombre en el Occidente de Europa.—Idem en el centro de la América.

Si, por una parte, el país indeterminado á que el explorador marsellés pretendió aplicar el nombre de Tule, no se ha podido encontrar, ni ha existido donde ha sido buscado, por otra aparece indudable que hubo realmente uno en diferente región de la tierra, que llevó ese mismo nombre, que estuvo en cierto tiempo en los límites del orbe conocido, y cuyos vestigios se han perdido en el propio sitio que ocupaba. Pero ese país, á pesar de su desaparición, ha dejado pruebas evidentes de su positiva existencia: 1º, en los recuerdos vagos, desorientados, pero firmes y persistentes, que han movido á los sabios á buscarlo en las más retiradas comarcas, por no poder presumir su hallazgo en una isla sepultada en las profundidades del Atlántico desde remotísimos siglos; 2º, en la tradición de las razas que de allí partieron para otras tierras; y 3º, en los nombres de los lugares por donde ellas peregrinaron y resultan idénticos en sonido, etimología y significación al primitivo de que eran imitación y recuerdo.

Ese extravío en la investigación referida se explica satisfactoriamente. Tule, situada en la Atlántida, como trataré de demostrarlo más adelante, debió ser considerada como la última tierra hacia Occidente por los navegantes fenicios, que saliendo á expedicionar por las aguas del Grande Océano, llegaron alguna vez á visitarla. Con la sumersión de la segunda, desapareció